

¿QUE ES HUMANISMO?

Por ANGEL DE LAPUERTA, S. J.

Profesor de la Universidad Católica del Perú

*Hominem humaniorem facere
Hacer al hombre más hombre*

Humanismo es una visión humana del mundo y una visión espiritual del hombre. Es una exaltación moderada del hombre, particularmente de sus actividades y facultades superiores. Es un sensato idealismo junto a un noble y objetivo realismo. Humanismo es la vida rica y fecunda del espíritu que se comunica a la materia como el alma al cuerpo, como la gracia al sacramento, como el Verbo a la humanidad de Cristo. Humanismo es la plenitud, riqueza y armonía de la vida, en la que espíritu y materia se encuentran, se abrazan, se compenetran y completan. Es la más admirable de todas las vidrieras en la que la luz ilumina, el cristal se enciende y el pesado plomo se entrelaza y sostiene el maravilloso cuadro. El humanismo pertenece a todos los pueblos y a todas las épocas; es obra cincelada por los griegos y antes iluminada por el Oriente; fué ennoblecida por el romano, cantada por los profetas; sublimada por el mismo Cristo, reproducida por los Santos, custodiada y propagada en el mundo entero por la Iglesia. Humanismo es cultura, progreso y civilización; es sobre todo Cristianismo; es pasado y es presente; es confianza en el futuro; es síntesis y amor de todo lo bueno porque es el paso por la tierra del alma inmortal que camina al cielo. No es otra cosa el humanismo que la verdad y el bien conocidos y amados a través de una naturaleza sensible, caída y redimida.

La fórmula del supremo humanismo la dió S. Pablo cuando dijo: "Todo cuanto en el mundo existe es para el hombre; el hombre

es para Cristo; Cristo para Dios". El ideal del humanismo se alcanzó con insuperable perfección cuando el "Verbo de Dios, eterno e inmutable, entró mediante la encarnación en plena simpatía con lo más exiguo y pequeño de la creación".¹

El humanismo no es, pues, ni intelectualismo, ni estetismo, formas morbosas de la inteligencia y del sentimiento, porque no consiste principalmente en la ciencia, erudición o contemplación de la belleza artística la perfección del hombre. En cambio, siendo el hombre, según la genial expresión de S. Agustín, ante todo una voluntad, "*homines sunt voluntates*", se debe buscar *principalmente* en la rectitud, bondad y firmeza de voluntad, o sea, en la formación del carácter moral, el elemento fundamental y preservador del humanismo.

El humanismo considera al hombre como un fin en sí mismo, como fin inmediato de este mundo sensible, en cuanto todas las demás cosas creadas deben servir de medio para perfeccionar y enaltecer al hombre sobre todo lo que éste tiene de más noble y excelente: el espíritu.

El humanismo es pues "una actividad y manera de ser que nos inclina a buscar con cariño y asimilarnos en la ciencia, arte, industria, trato social o cualquiera otra manifestación real, aquellos elementos espirituales, que por serlo, son más propios para nutrir, afinar, embellecer, vigorizar y perfeccionar nuestro espíritu"². Buscar en las cosas la nutrición del espíritu, proyectar el alma humana en la ciencia, en el arte, en la literatura, en la vida social y en la naturaleza, sentir honda simpatía por todo lo humano de cualquier tiempo y raza que sea, aspirar a la perfección del alma y por lo tanto a lo heroico, bello y perfecto, en esto consiste la genuina actitud humanista.

De esta interpretación espiritualista de la vida que, aun por ser espiritualista, mira con amor y respeto a la materia, se sigue la

¹ Jaime Castiello, S. J.: *La Universidad, Estudio histórico-filosófico*. Pág. 52.

² Este párrafo está tomado casi al pie de la letra del artículo *El humanismo y lo humano*, del mismo autor. *Razón y Fé*.

predilección que, en los estudios, siente el humanismo por la literatura, historia, arte filosofía y religión, porque esas disciplinas son eminentemente humanas, más que otras ningunas hablan al alma, la ponen en contacto directo con otros hombres y con la misma naturaleza en lo que ésta tiene de más rico, expresivo y humano, y excitan así el anhelo del ideal y perfección humana.

La fuente inexhausta del humanismo es, sin duda, la vida pujante, rica y casi infinitamente variada de un alma, que desborda su fuerza en la materia, la arrastra y lleva tras sí; mediante esta unión la materia se espiritualiza y el alma se sensibiliza. Unas veces queda el alma aprisionada y otras hermanada en el cuerpo. Por eso siempre habrá arte, literatura, santidad, hechos heroicos, y habrá también siempre remordimientos e infamias, según que el alma quede aprisionada o hermanada en el cuerpo. Humanismo, es, pues, no menos la lucha del espíritu con la materia que el abrazo de ambas, ni puede haber abrazo sin lucha. Forcejea el labrador con el arado, el herrero con el martillo, el sabio con la ciencia, el escultor con el mármol, el militar con las armas, el santo con su carne, con el tentador y con el mismo Dios; todos luchan con la materia y todos la aman, y en este amor y lucha consiste el ser hombre y vivir. Amor, lucha y abnegación, he ahí una ley fundamental al humanismo en todas sus manifestaciones, desde las artísticas e intelectuales hasta las morales, desde el hogar hasta el altar, porque es, sencillamente, la ley suprema de la educación del hombre. Nadie se asuste al oír la palabra sacrificio. Tallar y pulir la piedra para que la luz le dé vida eso no es crueldad con la piedra; igual sucede con el hombre. Pero si alguna vez se sacrifica el cuerpo y lo sensible, para que en la inmolación resplandezca con toda su fuerza la virtud del alma, entonces habremos obtenido el mayor triunfo del humanismo: *lo sublime y heroico*.

Hace dos mil años que todas las almas selectas, por amor unas, por instinto otras, han mirado siempre a Jesús Crucificado como el ideal del hombre y por tanto del humanismo: "Ecce Homo". Si todos los cuadros del Museo del Prado, perciesen en un incendio y sólo se salvase el Cristo de Velázquez, bastaría esa tela para inmortalizar una cultura que supo expresar con majestad y emoción tan divinas lo que sentía por cultura y humanismo.

HUMANISMO LITERARIO

Hace 30 siglos, desde los cantos de Homero, o mejor siempre desde los orígenes del mundo y de la Biblia, la educación del hombre ha sido preferentemente literaria, es decir, por medio del lenguaje. Este hecho innegable en todos los pueblos y épocas, y tanto más cuanto más cultos y civilizados, obedece indudablemente a una ley connatural al hombre y al lenguaje. Esta ley parece ser la siguiente: el lenguaje no es la misma realidad de las cosas, pero es para nosotros su manifestación más natural, humana y expresiva; es sobre todo la más viva, transparente y cálida manifestación del alma, de sus pensamientos, afectos, sentimientos, modos de ver y de reaccionar y hasta de sus ocultos repliegues. Es el lazo de unión de unos hombres y pueblos con otros en el espacio y en el tiempo. Es verdad que nada suple al trato directo de ver, oír, conversar y sentir la presencia y personalidad de un guía superior, verdadero padre de nuestro espíritu; pero lo que más se acerca a este trato es el lenguaje, la lectura asidua, atenta y cariñosa de sus obras y su empeñosa imitación, porque en el estilo, que es el hombre, vació el autor, llena de vida, emoción y claridad su propia alma, desde la alada e inimitable gracia y resplandeciente riqueza y variedad griega hasta la serena majestad y reposo romanos, y con su alma presentó el genio el retrato más vivo, exacto y animado de un mundo, el mundo greco-romano, que es en lo natural, el molde del nuestro, y al cual es fuerza volver siempre los ojos, si no queremos perder nuestro abolengo espiritual, y con él los rasgos fundamentales de nuestra civilización occidental, semilla y fermento inagotable de cultura, verdadero aire de familia común a Europa y América y que está llamado a serlo, por medio del Cristianismo, para el mundo entero si la barbarie moderna no reniega por completo de su pasado. Este inapreciable tesoro de humanización helénica y cristiana se debe a toda costa conservar aunque no fuera más que para suavizar los odios y rencores de unos pueblos con otros, que no formando ya una familia espiritual por haber perdido en gran parte el lazo de unión de una común cultura, ni se reconocen apenas ni se aman y se miran unos a otros como bárbaros y extraños.

La belleza literaria, propia de los escritos de los clásicos, no es para el joven el único ni aún el principal fruto de su estudio; pero sí es el hilo de oro por donde a través de la hermosura y armonía de la frase corre otra armonía más interna, a saber, la del alma del escritor.

En contacto continuo el joven durante varios años con esa belleza de fondo y forma, más fácilmente se abrirá luego su espíritu a toda belleza intelectual y moral, humana y divina. Por algo los profetas de la antigua ley, como Isaías y David, y los oradores y escritores cristianos como el Crisóstomo, Fray Juan de la Cruz o Fray Luis de León cantaron, con una belleza no superada por los griegos, las excelencias de la virtud cristiana. A un buen profesor de letras no le será difícil abrir en las páginas del Evangelio a los ojos de sus alumnos los tesoros de la más pura y rica literatura. A no dudar, Jesucristo fué clásico, es decir, modelo eterno y fecundo, y su estilo, dentro de un ambiente oriental, es dechado del clasicismo o humanismo culto que se esconde dentro del humanismo más espontáneo, popular y sencillo. Es que la palabra de Dios se hizo para todos: griegos y escitas, plebeyos y romanos; se hizo para todos los tiempos y al encarnarse la divina doctrina en la palabra no quiso dejar de ser bella aún en su forma literaria, porque iba dirigida a las almas creadas para la contemplación eterna de la Belleza.

De estas consideraciones se desprende cuán neciamente desestiman muchos en nuestros días los estudios literarios, como si su principal fin fuese formar poetas y oradores; cuando es al revés, o sea, valerse de historiadores, poetas y oradores, de la filosofía y de las ciencias para formar hombres.

Existe, por lo tanto, no sólo un humanismo literario, sino también un humanismo filosófico, un humanismo científico, como debe existir un humanismo de la industria, de la política, del comercio y de la milicia; porque el humanismo no es privilegio de épocas o de castas, ni es exclusivo de ciertas asignaturas o profesiones, sino que es una necesidad, un derecho natural y un ideal humano accesible a todo hombre. "Esto no quiere decir, añade el P. Castiello, que todas las asignaturas sean igualmente ricas en valores espirituales y que dé lo mismo enseñar una cosa que la otra, la costura por ejemplo, que la literatura; pero "humanismo no es cuestión de asignatu-

ras, sino de actitud interior y de espíritu. Más y mejor formará una fuerte y noble personalidad con un plan de estudios mediocre que un espíritu mediocre con el mejor de los planes de enseñanza". En el Catolicismo no existe profesión, por humilde que sea, que no tenga en los altares el bello ideal de su propio humanismo.

En el humanismo que es eterno, porque se funda en la misma naturaleza humana, descubrimos cuatro notas o caracteres principales: *universalidad* en la amplitud de sus simpatías, ya que ama todo lo que es humano precisamente por ser humano; *elevación* porque tiende instintivamente hacia el ideal y lo heroico; *realismo* porque es objetivo y no pierde de vista lo material y lo concreto, sin lo cual desfallece falto de consistencia y solidez lo espiritual; y *armonía* porque instintivamente busca la belleza y encuentra su más perfecta y sensible realización en las formas imprecendibles del arte.³ Por estas notas aparece el espiritual parentesco del humanismo con la Iglesia Católica su mejor defensora y propagadora, porque también ella es universal o católica; ideal, elevada o santa; apostólica, es decir, histórica y por lo tanto real; y una y por lo mismo bella y armónica.

El peligro y la degeneración del humanismo o sea, el pseudo-humanismo, consiste en una falta de equilibrio y una tergiversación de valores que declina en el *endiosamiento del hombre*, en orgullo y sensualidad, y toma las formas de intelectualismo y estetismo. No hay cosa por buena que sea que no tenga su peligro. Esa monstruosa degeneración del humanismo se evitará centrando al hombre en Dios, o sea, mediante la educación moral y religiosa, y rigiendo el sentimiento estético con la cordura y la razón, de cuyo equilibrio y buen gusto son insuperables maestros los clásicos.

HUMANISMO POPULAR Y HUMANISMO CULTO

Existe un humanismo popular y un humanismo culto. El primero se nutre de la tierra y de la tradición; sus raíces son familia y religión. El segundo cultiva en las aulas, en los libros, acade-

³ François Charmot, S. J.: *L'humanisme et l'humain*. (Ed. Spes, Paris).

mias y arte los elementos de vida y de belleza que recibe del popular. El primero es más espontáneo, más primitivo, más sencillo, menos personal, más ingenuo y directo. El segundo, más elaborado, más pulcro, más reflexivo, más artificioso, más acabado y perfecto, pero también más expuesto a extravíos y decadencias que el humanismo popular que es más hondo, consistente y robusto. El peligro hoy día para el humanismo popular, elemento de vital importancia para la conservación y desarrollo de las nacionalidades, está en el desborde del cine, radio, periódicos, ambiente materialista de la ciudad, en la falta de tradición, relajamiento de la familia y enfriamiento de la vida religiosa, en lo convencional, artificioso, industrial y burocrático de la vida moderna, en la absorción y masificación del hombre por la colectividad, y en los sistemas de enseñanza superficialmente enciclopédicos, o casi exclusivamente científicos. El humanismo culto ha influido a su vez poderosamente en el humanismo popular cuando ha interpretado en obras inmortales los sentimientos más hondos del pueblo, ejemplo son los cantos de Homero, la poesía de Virgilio, el poema del Mío Cid, el teatro español del siglo XVII, etc. El humanismo culto intérprete del alma nacional, no se da únicamente en el terreno de la literatura o artes plásticas (ej. las catedrales románicas y góticas), sino en las instituciones, leyes, personajes históricos entre los cuales no se puede olvidar la eficaz irradiación que siempre han ejercido los santos, v.gr., San Francisco de Asís, Teresa de Jesús, etc.

Para cada época, país, institución, profesión, y aún para cada hombre y cada vocación existe un ideal de humanización. Realizarlo es la misión en esta vida de cada época y de cada hombre. El campo de las realizaciones humanistas es pues infinito como las estrellas del firmamento y las arenas del mar, porque el hombre es cera blanda capaz de recibir en sí cualquiera de las formas bellas y éstas son innumerables por ser reflejos del mismo Dios.

HUMANISMO UNIVERSITARIO

Siendo la inteligencia la cualidad específica del hombre, es evidente que no se puede dar humanismo perfecto sin una sólida formación intelectual, es decir, sin una formación de carácter universitario. La casa solariega del humanismo es, pues, la Universidad, o instituciones semejantes, como en la antigüedad la Academia de Platón, y más tarde en los siglos III y IV las Escuelas de Alejandría, Antioquía, Esmirna, Atenas. Genuinos humanistas y universitarios fueron Orígenes, Basilio, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, S. Agustín.— Recordemos brevemente cuándo y por qué nació la Universidad, cuál fué su espíritu e ideal, y por qué decayó ese ideal.

Un día (siglo XI) el antiguo bárbaro se sintió transformado en otro hombre por la acción lenta y penetrante de la Iglesia. Aquel día dejó caer el pesado hierro, tomó con cariño en sus robustas manos los manuscritos del monje, leyó en ellos con avidez y quiso explicarse a sí mismo lo que el monje le había enseñado a amar: a Dios, al hombre y al mundo. Había nacido la Universidad. Como un reguero de pólvora cundió el entusiasmo por toda Europa. Las fundaciones de nuevas Universidades se suceden unas a otras rápidamente: Bolonia, Padua, París, Salamanca, Oxford, Praga, Viena, Lovaina y tantas otras. Sólo Francia llegó a contar 28. La Revolución Francésa, heredera de las "luces" del Enciclopedismo, las suprimió todas, menos la de Estrasburgo, porque entonces aquel centro era protestante... "El rasgo más característico de la Edad Media, dice el P. Castiello, fué su ansia más o menos consciente de unidad orgánica". Las Universidades lo manifiestan sobre todo, "en su íntima convicción de que la ciencia es una, orgánica e indivisa como es indivisa y orgánica y una la realidad del cosmos, de cuya unidad compleja la ciencia no es sino el ideal abstracto".

La antigua Universidad medieval y, en Hispano-América, nuestras Universidades hasta fines del siglo XVIII, poseían una idéntica aspiración; un idioma común, el latín, les servía de lazo entre sí y con el pasado, la filosofía perenne era a la vez cimiento y trabazón de todas las Facultades y coronaba el edificio del sa-

ber la cúpula de la teología. Eso fué entre nosotros la Universidad hasta el siglo XVIII.

La arquitectura universitaria casi se ha perdido. Todo el mundo moderno, sobre todo desde la falsa Reforma, lleva el sello de la disolución y del divorcio. Las distintas Facultades son otras tantas escuelas especializadas, extranjeras entre sí. El todo ya no existe, el anhelo y espíritu común tampoco. Propiamente no tenemos "Universidad". Cada día son más escasas esas inteligencias "imperiales" de que habla Newman en su "Idea of a University", capaces de percibir la unidad del conjunto.

No es, como a veces se cree, la multiplicidad y la extensión de los conocimientos modernos lo que estorba para rehacer la arquitectura universitaria. Falta otra cosa mucho más honda: la fé en Dios, la fé en el mismo hombre, (la Edad Media fué ardorosamente optimista porque se apoyó fuertemente en Dios y en la naturaleza); falta visión amorosa del mundo y de su maravillosa y orgánica complejidad. Millones y billones de átomos luminosos forman un solo cuadro y nuestra vista lo goza con un solo acto que reduce a unidad aquella infinita variedad; millones de sonidos forman una sinfonía, pero el oído interior del alma la escucha como un todo sonoro. Todas las ciencias, todos los conocimientos nacen de un solo y eterno principio, están sometidos a las mismas leyes supremas y son como otras tantas aristas de una colosal pirámide que se tocan en el vértice. Cada Facultad estudia una arista; la Universidad contempla la pirámide. La fé, la vida santa, la sólida formación filosófica que venga en sostén y ayuda de la especialidad que cultivamos (medicina o ingeniería), un alma abierta a la emoción de todo lo bello y humano, eso es lo que constituye el humanismo universitario. Su solo nombre evoca figuras como las de S. Agustín, Tomás de Aquino y casi en nuestros días Balmes, Ozanan, Newman, León XIII, y ayer no más, la del egregio bibliotecario, Pío XI, que con una misma mano bendecía la radio y el cinema y pasaba lentamente las hojas de los códices miniados.

A esta amplitud de miras, a esta unidad de criterio y de vida llamo "humanismo universitario". Esta es la meta de la Universi-

dad. Donde ella falta no hay Universidad sino un conglomerado de Escuelas técnicas.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Me limitaré, entre tantas obras de mérito, a citar cinco de verdadero valor:

JAIME CASTIELLO, S. J.: A Humane Psychology of Education. — Es lo que indica el título: la base firme que una psicología no materialista, ni tampoco utópicamente idealista, sino objetivamente humana ofrece para la educación integral del hombre. Ignoro si, en este sentido, se ha escrito algo más sensato, sintético, sólido y sencillamente elegante y transparente. El joven profesor Castiello escribía el inglés con no menos perfección que su propio idioma. La muerte lo arrebató en plena producción a los 37 años. Ha dejado unos diez escritos en castellano, inglés y alemán, todos sobre problemas de educación y psicología y todos reflejos de su bellísima alma y amplia cultura.

J. H. NEWMAN: The Idea of a University. — Inútil ponderar los méritos de estos artículos y discursos; lo mejor, tal vez, que se ha escrito sobre el espíritu universitario.

FRANÇOIS CHARMOT, S. J.: "L'Humanisme et l'Humain" y "La Teste bien Faicte", (Edition Spes-Paris).

ARTURO Ma. CAYUELA, S. J.: Las Humanidades Clásicas. 1940. — El trabajo más extenso y documentado (más de 800 páginas de formato grande) que en castellano tenemos sobre el valor formativo de las humanidades clásicas.

Angel DE LAPUERTA, S. J.